

Amar, he ahí el gran dilema, pero, ¿amar a quien?
Nos sentimos solidarios Con la Parroquia San Carlos Borromeo de Madrid y sus representantes y tan rojos como ellos...

Estamos en días de Pascua de Resurrección, importantes para los cristianos. Tras la Semana Santa, recordatorio de lo que supuso pasión y muerte de Jesús en el Calvario en manos de sus conciudadanos, los que habían convivido con él en las Sinagogas, en las calles, posiblemente en el trabajo y el ocio, algunos malsanos –siempre los hubo, siempre existirán - le acusan de alterar el orden publico, de instigar al pueblo en contra del César, de auto proclamarse rey, y lo llevan ante los sumos sacerdotes pidiendo que lo crucifiquen. Su mal, haber predicado amor, entendimiento, esperanza. I le hacen escarnio, lo azotan, le matan.

La historia se repite, con los humildes de corazón limpio. Algunas autoridades de la iglesia no admiten “el riesgo”: nadie de los suyos puede ayudar sin esperar nada a cambio: ni honores ni poder, ni rango. No toleran que hombres-mujeres de buena voluntad puedan echar una mano a aquellas personas que, recién salidas de prisión, tienen dificultad para encontrar trabajo, o a aquellas mujeres a las que la vida ha llevado por senderos poco claros, para que puedan encontrar alivio a sus males. Les ofrecen su amistad, sus palabras, su compromiso de ayuda para recuperar su auto estima, que deriva luego en conseguir un trabajo digno que les permita salir del caos.

No aceptan que una parroquia y sus ministros, los de un barrio pobre, ante la precariedad de la mayoría de vecinos, que necesitan sustento urgente para mantenerse en pie y poder trabajar para sacar adelante a su familia, les ayuden y les abran las puertas de la iglesia y de su corazón. Palabras y obras, no meras promesas. Dejan que sea la iglesia, la casa de Dios sea punto de encuentro. No tienen más. Hermoso!

Demasiados han olvidado aquella bonita frase del evangelio “no solo de pan vive el hombre”. Duele que existan autoridades clericales que pretendan dejar en el olvido a un gran contingente de personas, siempre las más débiles, las más pobres, tras prohibir, a sus ministros, de mantener con ellos contacto alguno, y

de no celebrar servicios religiosos. Esto pasa en Madrid hoy en el Siglo XXI, el de las grandes tecnologías. ¿Con que autoridad podemos exigir que se respeten los Derechos Humanos si una sociedad como la española no levanta la voz ante tal atropello? ¿Estamos ante una nueva Inquisición? Los cristianos nos sentimos humillados, porque esta Pascua no ha sido de Resurrección para todos. Cómo decía el gran teólogo Ernesto Balducci llegaremos a una Iglesia post clerical, de base, como en los primeros tiempos del cristianismo, la que estará junto a los que sufren, sea en el cuerpo sea en el espíritu.

¿Porqué demonizar y proclamar que son curas rojos? En todo caso, creo que muchos vamos a engrosar su equipo. Todos somos Fuenteovejuna.

Montserrat Ponsa i Tarrés, periodista, Catalunya